¿Puedo estar seguro de que soy Salvo?

R.C. Sproul

Preguntas Cruciales





¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

R. C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

Serie Preguntas Cruciales
Por R. C. Sproul

¿Quién *es* Jesús?

¿Puedo confiar *en la* Biblia?

¿Puede *la oración* cambiar las cosas?

¿Puedo *conocer* la voluntad de Dios?

¿Cómo debo *vivir en* este mundo?

¿Qué significa *nacer* de nuevo?

¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

¿Qué *es* la fe?

¿Qué puedo *hacer con* mi culpa?

¿Qué es *la* Trinidad?

¿Qué es *el* Bautismo?

¿Puedo tener gozo *en* mi vida?

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

¿Controla Dios *todas* las cosas?

¿*Cómo puedo desarrollar* una conciencia cristiana?

¿Qué es *la* Cena del Señor?

¿Qué es *la* iglesia?

¿Qué es *el* arrepentimiento?

¿Cuál es *la relación entre la* iglesia y *el* Estado?

¿Estamos en *los* últimos días?

¿Puedo estar seguro de que soy salvo?

Traducido del libro *Can I Be Sure I'm Saved?*,
publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org   ReformationTrust.com

Diseño de portada: Gearbox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías

ISBN para la versión electrónica
en MOBI: 978-1-56769-396-6

CONTENIDO



La lucha por la seguridad

Hay un pasaje del Nuevo Testamento que yo creo que es uno de los más aterradores de la Biblia. Proviene de los labios de Jesús al final del Sermón del Monte.

Tendemos a pensar en el Sermón del Monte como una positiva proclamación de nuestro Señor. Después de todo, es en el Sermón del Monte que él da las Bienaventuranzas: "Bienaventurados los pobres en espíritu… Bienaventurados los que lloran… Bienaventurados los mansos…", etc. (Mateo 5:3-12). A causa del Sermón del Monte, Jesús tiene la reputación de un maestro que subraya lo positivo más bien que lo negativo.

Pero a menudo pasamos por alto el clímax de ese sermón, donde Jesús dice:

> No todo el que me dice: "Señor, Señor", entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. En aquel día, muchos me dirán: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Pero yo les diré claramente: "Nunca los conocí. ¡Apártense de mí, obreros de la maldad!" (Mateo 7:21-23).

Aquí Jesús nos da un adelanto del juicio final. Él dice que la gente vendrá a él, y se dirigirán a él como "Señor". Ellos le dirán a Jesús: "Señor, hicimos muchas maravillas en tu nombre. Te servimos; predicamos en tu nombre; expulsamos demonios; todo esto hicimos". Jesús dice: "Yo me volveré a estas personas y les diré: 'Por favor, váyanse'". No solo les dirá "no los conozco", sino: "Nunca los conocí, obreros de la maldad".

Lo que resulta particularmente impactante de esta aterradora advertencia es que Jesús comienza diciendo: "No todo el que me dice: 'Señor, Señor', entrará en el reino de los cielos". Luego repite esa idea diciendo: "En aquel día, muchos me dirán: 'Señor, Señor'".

“SEÑOR, SEÑOR”

En toda la Escritura hay solo unos quince casos en los que alguien se dirige a otra persona repitiendo su nombre. Voy a mencionar algunas de ellas:

- Abraham, en el Monte Moria, estaba listo para enterrar el cuchillo en el pecho de su hijo Isaac, y Dios intervino en el último instante, diciéndole por medio del ángel del Señor: “¡Abraham! ¡Abraham!… No pongas tu mano sobre el muchacho” (Génesis 22:11-12, NVI).
- Jacob tenía miedo de descender a Egipto, y Dios vino para animarlo, y le dijo: “Jacob, Jacob” (Génesis 22:11-12).
- Dios le habló a Moisés desde el arbusto ardiente en el Monte Horeb, diciendo: “¡Moisés, Moisés!” (Éxodo 3:4).
- Dios llamó al muchacho Samuel en medio de la noche, diciendo: “¡Samuel! ¡Samuel!” (1 Samuel 3:10).
- Jesús, cuando reprendió a Marta en Betania, le dijo: “Marta, Marta” (Lucas 10:41).
- Jesús se lamentó por la ciudad de Jerusalén y clamó: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como junta la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Lucas 13:34).
- Pedro dijo que sería fuerte en cualquier circunstancia, y Jesús le dijo:

“Simón, Simón, Satanás ha pedido sacudirlos a ustedes como si fueran trigo” (Lucas 22:31).

- Jesús confrontó a Saulo en el camino a Damasco, diciendo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9:4).
- Tal vez el ejemplo más emotivo de esta repetición en la Escritura se encuentre en el grito de Jesús desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46).

En el idioma hebreo, esta inusual estructura gramatical es significativa. Cuando alguien repite la forma personal de dirigirse a una persona, ello sugiere y comunica una relación personal íntima con esa persona. Por lo tanto, aquí en el Sermón del Monte Jesús dice que en el día final, la gente no solo vendrá a él y le dirá: “Señor, te pertenecemos, somos tuyos”, sino que se dirigirán a él en términos de intimidad personal. Ellos le dirán “Señor, Señor” como si lo conocieran de una forma profunda y personal. Pero a pesar de esta pretensión de una íntima relación, Jesús les dirá: “Por favor, váyanse. No los conozco, obreros de la maldad”.

Jesús está diciendo que hay muchas personas que profesan ser cristianas, que usan el nombre de Cristo, y que lo llaman por su elevado título “Señor”, pero en realidad no pertenecen a su reino en absoluto. No le pertenecen a él y no podrán sostenerse en el juicio final. El aspecto aterrador de esto es que estas personas no están en la periferia de la iglesia. Más bien están inmersos en la vida de la iglesia, profundamente involucrados en el ministerio, y quizá tengan la reputación de ser cristianos profesantes. Con todo, Jesús no los

conoce y los expulsará de su presencia.

Toco este tema al comienzo de este librito porque cuando hacemos una profesión de fe como cristianos, debemos hacernos una pregunta: ¿cómo *sabemos* que no seremos parte de este grupo de personas que llegarán al juicio final esperando la entrada al reino y dirigiéndose a Jesús en términos íntimos, solo para ser expulsados? ¿Cómo sabemos que nuestra confianza de que estamos en un estado de gracia no está errada? ¿Cómo sabemos que no nos hemos engañado? ¿Cómo podemos estar seguros de que somos salvos?

UNA DOCTRINA CONTROVERSIAL

Durante siglos, la cuestión de la seguridad ha desatado controversia en la iglesia. Muchas iglesias han ido tan lejos como para cuestionar si la seguridad es siquiera alcanzable.

Por ejemplo, en el Concilio de Trento, en el siglo XVI, la Iglesia Católica Romana negó que fuera posible que una persona tenga seguridad de salvación, excepto en raras circunstancias. Roma dio un paso más y enseñó que las únicas personas que pueden elevarse a la seguridad de su salvación en esta vida son santos excepcionales a quienes Dios otorga una revelación especial de su estatus ante él. Sin embargo, los miembros promedio de la iglesia no pueden esperar tener seguridad de salvación.

Roma afirma que la mayoría de las "seguridades", a fin de cuentas, se basan en conjeturas, opiniones, e ideas que provienen del corazón de personas a las que la Biblia define como profundamente arraigadas en el engaño. Las Escrituras nos dicen que el corazón es engañoso por sobre todas las cosas (Jeremías 17:9), de modo que es fácil, dice Roma, que nos engañemos a nosotros mismos y apoyemos nuestra confianza acerca del estado de nuestra alma en la mera opinión. En consecuencia, la seguridad de la salvación no es posible aparte de algún acto de revelación especial.

No solo la Iglesia Católica Romana niega la doctrina de la seguridad de la salvación. Algunos protestantes creen que una persona puede tener seguridad de salvación para hoy pero ninguna seguridad para mañana, porque aceptan

la posibilidad de que la persona que en un momento tiene fe puede caer en la incredulidad y perder su salvación. Es por eso que, históricamente, la doctrina de la seguridad de la salvación ha estado estrechamente ligada a la doctrina de la perseverancia de los santos. Así que, mientras Roma dice que no podemos tener ninguna seguridad en absoluto, estos protestantes dicen que podemos tener seguridad por un tiempo limitado, pero no podemos saber cuál será nuestro estado final.

Luego está la teología reformada, mi propia convicción teológica, que enseña que no solo hoy podemos saber que estamos en un estado de gracia, sino que podemos tener plena seguridad de que aún estaremos en un estado de gracia al momento de nuestra muerte.

LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

Jesús aborda la cuestión de quién es genuinamente salvo y quién no lo es en su parábola del sembrador:

> Aquel día, Jesús salió de la casa y se sentó a la orilla del lago. Como mucha gente se le acercó, él se subió a una barca y se sentó, mientras que la gente se quedó en la playa. Entonces les habló por parábolas de muchas cosas. Les dijo: El sembrador salió a sembrar. Al sembrar, una parte de las semillas cayó junto al camino, y vinieron las aves y se la comieron. Otra parte cayó entre las piedras, donde no había mucha tierra, y pronto brotó, porque la tierra no era profunda; pero en cuanto salió el sol, se quemó y se secó, porque no tenía raíz. Otra parte cayó entre espinos, pero los espinos crecieron y la ahogaron. Pero una parte cayó en buena tierra, y rindió una cosecha de cien, sesenta, y hasta treinta semillas por una. El que tenga oídos para oír, que oiga" (Mateo 13:1-9).

Es importante observar el contexto de esta famosa parábola, Inmediatamente antes de ella, alguien le dijo a Jesús: "Tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar" (Mateo 12:47). Pero Jesús responde: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?" (v. 48). Entonces, señalando a sus discípulos, dijo: "Mi madre y mis hermanos están aquí. Porque todos los que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos son mis hermanos, mis hermanas, y mi madre" (vv. 49-50). Jesús dice

que su verdadero hermano es aquel que hace la voluntad del Padre, no alguien que simplemente toma la decisión de seguirlo.

Siempre deberíamos tener en cuenta que nadie obligó a Judas a hacerse discípulo. Judas eligió seguir a Jesús; él tomó su propia decisión de entrar a la escuela de Jesús, y se quedó con nuestro Señor durante su ministerio terrenal durante tres años. No obstante, se nos dice que él era un diablo (Juan 6:70). No era que Judas estuviera auténticamente convertido y luego cayó de la gracia y se perdió; más bien, aunque estuvo cerca de Jesús, nunca fue un hombre convertido. Eso debe hacernos pensar mientras consideramos el estado de nuestra propia alma.

Un poco más adelante en el libro de Mateo, Jesús da una explicación de su parábola del sembrador. Es una de las pocas ocasiones de los relatos del Evangelio en que se nos da una explicación de una parábola. Esa explicación es de suma utilidad porque esta parábola difiere de la instrucción parabólica normal. La mayoría de las parábolas solo tienen un punto central. Por lo tanto, generalmente es peligroso convertir las parábolas en alegorías, las cuales tienden a tener significados simbólicos esparcidos a lo largo de la historia. Pero la parábola del sembrador se aproxima al nivel de una alegoría, pues Jesús señala varios puntos de aplicación.

Jesús comienza su explicación diciendo: “Escuchen ahora lo que significa la parábola del sembrador: Cuando alguien oye la palabra del reino, y no la entiende, viene el maligno y le arrebata lo que fue sembrado en su corazón. Ésta es la semilla sembrada junto al camino” (Mateo 13:18-19). El primer grupo del que habla está representado por la semilla que cayó junto al

camino. En la antigüedad, en el tiempo de plantación, un agricultor sembraba primero su semilla, luego labraba el terreno. Pero cualquier semilla que caía sobre un camino o una senda no era labrada por debajo. Al permanecer sobre el camino endurecido, no tenía forma de echar raíces, y era devorada por los pájaros. Jesús compara los pájaros con Satanás. Muchas personas son como esta semilla. Escuchan la predicación del evangelio, pero este no causa ningún impacto en ellos. No echa raíces en la vida de ellos.

Jesús continúa: "El que oye la palabra es la semilla sembrada entre las piedras, que en ese momento la recibe con gozo, pero su gozo dura poco por tener poca raíz; al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, se malogra" (vv. 20-21).

Si uno asiste a un encuentro evangelístico o ve uno por televisión, se puede ver a una enorme multitud abarrotando la parte delantera de la iglesia en respuesta al llamado del evangelio. De hecho, una vez vi un informe acerca de una masiva campaña evangelística internacional en la que supuestamente millones de personas habían tomado una decisión por Cristo. Cuando lo leí, me pregunté cuántas de aquellas decisiones por Cristo eran verdaderas conversiones y cuántas eran fingidas. A la gente le gusta lo que escucha en estos eventos y puede ser emocionalmente impulsada a tomar una decisión de seguir a Cristo. Sin embargo, es un hecho establecido que muchos de aquellos que pasan al frente en un encuentro evangelístico pronto abandonan totalmente su compromiso. Sus respuestas impulsivas suelen carecer de fundamento.

No quiero ser demasiado áspero en mi respuesta a los informes sobre el

éxito de los eventos evangelísticos. Reconozco que todos los ministerios que llegan a la gente enfrentan el problema de la medición de su efectividad. Las iglesias por lo general lo hacen informando el número de miembros de sus congregaciones y cuánto han crecido en determinado periodo. Los ministerios evangelísticos a menudo lo hacen informando el número de personas que pasaron al frente, levantaron la mano, firmaron una tarjeta, o hicieron una oración. Estos ministerios quieren tener algún tipo de estadística para medir la respuesta de la gente.

¿Pero cómo se mide una realidad espiritual? Cualquiera que haya estado involucrado en evangelismo sabe que no podemos ver el corazón, de manera que lo mejor que se puede hacer a continuación es contar el número de decisiones que la gente toma. Pero Jesús nos advierte sobre esto aquí en la parábola del sembrador cuando dice que *mucha* gente oye el evangelio con gozo —pero no persevera en la fe. Este segundo tipo de semilla cae en terreno pedregoso, un suelo tan delgado que la semilla no puede echar raíces, y en cuanto sale el sol, lo brotes comienzan a marchitarse. El resultado es que se mueren y jamás producen fruto. Jesús nos dice que estas personas se apartan a causa de las tribulaciones y persecuciones que inevitablemente surgen en el camino de la fe.

En su explicación del tercer tipo de semilla, Jesús dice: “La semilla sembrada entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este mundo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, por lo que ésta no llega a dar fruto” (Mateo 13:22). Esta semilla representa una categoría de personas que también escuchan y reciben la Palabra, pero los afanes de este

mundo las abruman. Al igual que los espinos, los afanes mundanos “ahogan la palabra”.

Finalmente, Jesús dijo: “Pero la semilla sembrada en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, y da fruto” (Mateo 13:23a).

Claramente, entonces, hay muchos que responden al mensaje del evangelio con gozo pero finalmente no perseveran en la fe. No todos los que oyen la Palabra de Dios son salvos, y lo mismo es cierto de muchos que al comienzo responden a ella. Los que son genuinamente salvos son los que demuestran ser hacedores de la Palabra. Cuando la semilla echa raíz y crece, hay fruto.

LA NECESIDAD DE FRUTO

Al pensar en la producción de fruto, debemos recordar que no somos salvos por nuestras obras. Más bien somos justificados solo por la fe. No obstante, también debemos recordar que los reformadores magisteriales del siglo XVI, tales como Martín Lutero, dijeron que somos justificados por la sola fe pero no por una fe que está sola.

Esta postura está en desacuerdo con el esquema católico romano, el cual sostiene que una persona debe tener fe para ser justificada, pero también necesita tener obras. Así que la postura católica es que la fe más las obras es igual a justificación. Pero en la postura protestante, la fe es igual a la justificación más las obras.

POSTURA CATÓLICA ROMANA:

Fe + obras = justificación

POSTURA PROTESTANTE:

Fe = justificación + obras

En la postura protestante, las obras son consecuencia, una manifestación del estado de gracia en el que nos encontramos; de esta forma, las obras nada añaden a la justificación. Las únicas obras de justicia que sirven para justificar a un pecador son las obras de Cristo. Así que cuando decimos que somos justificados por la sola fe, queremos decir que somos justificados solo por Cristo, por sus obras; nuestras obras no cuentan para nuestra justificación.

Algunos dirán: “Supongo que eso significa que no necesito producir fruto. No necesito presentar ninguna manifestación de la justicia porque soy salvo por fe”. Pero recuerda que la fe que justifica, como nos dice Santiago en su epístola (Santiago 2:26), y como argumentó Lutero, no es una fe muerta; es una *fides viva*, una fe viva, una fe vital. La verdadera fe que nos conecta a Cristo siempre se manifiesta en obras, y si no hay obras al lado derecho de la ecuación, eso nos dice que no hay fe al lado izquierdo de la ecuación.

Así que la fe nos une a Cristo, y si nuestra fe es auténtica, no llegaremos al día final diciendo “Señor, Señor”, solo para escucharlo que nos llama personas de maldad. No, tendremos frutos que demuestren que nuestra fe es real.

La cantidad de fruto que producen los cristianos es variable. Jesús dice que la buena semilla puede producir “cien, sesenta, y treinta semillas por cada semilla sembrada” (13:23b). Algunos verdaderos cristianos no son tan fructíferos como otros, pero cada creyente verdadero produce algún fruto. Si no es así, no es un creyente. Es por eso que Jesús dice: “Ustedes los conocerán por sus frutos” (Mateo 7:16a), no por su profesión de fe.

Cuando uno está inmerso en una subcultura cristiana que hace un firme hincapié en el tomar decisiones, responder a llamados al altar, y hacer la oración del pecador, es fácil pasar por alto este importante punto: tomar la decisión de seguir a Jesús nunca ha convertido a nadie. Esto es así porque no es una decisión lo convierte a la persona; es el poder del Espíritu Santo lo que lo hace. No por tomar una decisión, pasar al altar, levantar la mano, o firmar una tarjeta entramos al reino. Entramos al reino porque en nuestro corazón

hay una verdadera fe.

Que no se malentienda; no hay absolutamente nada indebido en las profesiones públicas de fe; estas se deben hacer. Todo el que está justificado está llamado a profesar esa fe; todo cristiano está llamado a confesar a Cristo ante los demás. El problema surge cuando hacemos de la profesión de fe la prueba decisiva de nuestra conversión. Después de todo, Jesús habla de personas que lo honran de labios mientras su corazón está lejos de él (Mateo 15:8). Nadie ha sido justificado jamás por una profesión de fe.

¿Significa entonces que la forma más fácil de resolver el problema de la seguridad de la salvación es examinar el fruto de nuestra vida para determinar si refleja conformidad con una profesión de fe? El examen personal tiene un lugar definido en la vida cristiana, y hablaremos más de ello en el capítulo 4. Con todo, ninguno de nosotros vive en conformidad con la plenitud de lo que afirmamos creer. Si enfocamos nuestra atención simplemente en nuestro desempeño, la auténtica seguridad se vuelve muy escurridiza.

Así que es posible tener una falsa seguridad, pero la verdadera seguridad puede ser difícil de adquirir. ¿Cómo, pues, podemos saber con certeza que nuestra profesión de fe está motivada por la posesión de verdadera gracia salvadora? Esta pregunta es de suma importancia, porque concierne a la situación en que vivimos como cristianos y tiene un enorme impacto en nuestros sentimientos, nuestro contentamiento, y nuestra conducta como cristianos. Es imperativo que resolvamos la cuestión de si estamos en un estado de gracia, y el resto de este breve libro apuntará a cómo lo logramos.



Falsa seguridad

Nuestra búsqueda de plena seguridad de salvación se complica por el hecho de que hay dos categorías muy distintas de personas que están seguras de que están en un estado de salvación. El único problema es que una de estas categorías está equivocada. Estas son las personas de las que habló Jesús en el Sermón del Monte cuando dijo que algunos vendrán a él en el día final diciendo “Señor, Señor”. Ellos vendrán a Jesús totalmente seguros de que le pertenecen, pero él los hará alejarse, exponiendo así la falsedad de su seguridad.

¿Cómo es posible la falsa seguridad? ¿Cómo llegan las personas a un falso sentido de seguridad? En este capítulo quiero tratar de responder estas preguntas. Hay varios problemas distintos, pero se reducen básicamente a

dos. El primer problema, que será nuestro foco en este capítulo, es una comprensión deficiente de los requisitos para la salvación. Las personas pueden malentender lo que implica la salvación. Veremos tres de los principales errores: universalismo, legalismo, y diversas formas de sacerdotalismo. El segundo problema surge cuando una persona tiene una correcta comprensión de lo que la salvación implica, pero se equivoca respecto a si él o ella cumple con los requisitos. Los dos últimos capítulos nos ayudarán a ver cómo podemos evaluar con precisión si hemos cumplido con los requisitos para la salvación.

UNIVERSALISMO

El primer error importante que lleva a un falso sentido de seguridad de la salvación es el universalismo. El universalismo enseña que todo el mundo es salvo y va al cielo. Si una persona está convencida de esta doctrina de la salvación, un simple silogismo la llevará de la doctrina de la salvación universal a la seguridad en cuanto a su destino:

Premisa 1: todas las personas se van al cielo.

Premisa 2: yo soy una persona.

Conclusión: por lo tanto, yo me iré al cielo.

La mayor controversia en la historia de la iglesia ocurrió en el siglo XVI entre la Iglesia Católica Romana y los protestantes reformados sobre la cuestión de cómo ocurre la justificación. El asunto era si la justificación es por la sola fe o por algunos otros medios. Pero hoy la justificación por la sola fe no es la postura predominante en nuestra cultura. Es más bien la doctrina de la justificación por la muerte, y el universalismo lleva consigo esta idea.

Anteriormente me referí brevemente a la primera pregunta del diagnóstico de Explosión Evangelística: “¿Has llegado en tu vida espiritual al lugar donde sabes con certeza que si murieras esta noche te irías al cielo?”. La segunda pregunta del diagnóstico es esta: “Si murieras esta noche y llegaras ante Dios, y Dios te preguntara: ‘¿Por qué debería dejarte entrar a mi cielo?’, ¿qué le dirías?”.

Una vez, cuando mi hijo era joven, yo le hice estas dos preguntas. Me dio

gusto que respondiera de inmediato la primera pregunta diciendo “sí”. Pero cuando le hice la segunda pregunta, me miró como si yo acabara de hacerle la pregunta más tonta que él hubiera oído. Me dijo: “Bueno, le diría: ‘Porque estoy muerto’”. ¿Qué podía ser más simple? Mi hijo estaba siendo criado en un hogar comprometido con la teología bíblica, pero yo no solo había fallado en comunicarle la justificación por la sola fe, sino que él ya había sido capturado por la generalizada postura de nuestra cultura según la cual todo el mundo se va al cielo y lo único que hay que hacer para ir allá es morir.

De tal manera hemos eliminado el juicio final de nuestra teología y hemos suprimido cualquier noción de castigo divino o infierno de nuestro pensamiento (y del pensamiento de la iglesia), que hoy está extendido el supuesto de que lo único que tiene que hacer una persona para ir al cielo es morir. De hecho, el medio de gracia más potente para la santificación en nuestra cultura es morir, porque un pecador lleno de llagas de pecado se transforma automáticamente entre la morgue y el cementerio, de manera que cuando se realiza el servicio funeral, la persona es presentada como un modelo de virtud. Pareciera que su muerte hubiera eliminado sus pecados. Este es un asunto muy peligroso, porque las Escrituras nos advierten que está establecido que cada persona muera una vez, y luego enfrente el juicio (Hebreos 9:27).

A la gente le gusta pensar que la amenaza de un juicio final fue inventada por evangelistas de “fuego y azufre” tales como Billy Sunday, Dwight L. Moody, Billy Graham, Jonathan Edwards, y George Whitefield. Pero nadie enseñó más claramente acerca del juicio final y la división entre cielo e

infierno que el propio Jesús. De hecho, Jesús habló más del infierno de lo que habló del cielo, y advirtió a sus oyentes que en aquel día final, cada palabra ociosa vendría a juicio. Pero si hay algo que los seres humanos no redimidos quieren reprimir psicológicamente, es esa amenaza de un juicio final e integral, porque ninguno de ellos quiere que le pidan cuentas por sus pecados. Por lo tanto, nada atrae más a los seres humanos que el universalismo, la idea de que todos son salvos.

LEGALISMO

El segundo error importante que conduce a una falsa seguridad es el legalismo, que es otra forma de referirse a las “obras de justicia”. El legalismo enseña que a fin de llegar al cielo, se debe obedecer la ley de Dios y vivir una vida buena. En otras palabras, nuestras buenas obras nos llevarán al cielo. Mucha gente, con una errada comprensión de lo que Dios exige, cree que ha cumplido con los estándares que Dios ha puesto para entrar al cielo.

Una vez serví como capacitador para Explosión Evangelística, y llevaba a las personas en capacitación a la comunidad una o dos veces a la semana, hablábamos con la gente, y hacíamos las preguntas de diagnóstico. Después de eso, comparábamos las respuestas que recibíamos. El noventa por ciento de las respuestas caían en la categoría de la justicia por obras. Cuando le preguntábamos a la gente qué dirían si Dios les preguntara por qué debería él dejarlos entrar al cielo, la mayoría respondía: “He llevado una vida buena”, “di mi diezmo a la iglesia”, “trabajé con los Boy Scouts”, o algo por el estilo. Su confianza se apoyaba en algún tipo de récord de desempeño que habían alcanzado. Desafortunadamente, las obras de una persona son una falsa base para la seguridad. La Escritura deja muy claro que nadie es justificado por las obras de la ley (Romanos 3:20; Gálatas 3:11).

Quizá la persona que mejor encarnó esta falsa comprensión de la salvación fuera el joven dirigente rico que se encontró con Jesús durante su ministerio en la tierra (Lucas 18:18-30). Como recordarás, cuando el hombre rico vino a

Jesús, de sus labios estilaban los halagos. Él dijo: “Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?”. Le estaba preguntando a Jesús qué se requería para la salvación.

Antes de responder la pregunta por los requisitos para la salvación, Jesús abordó el halago: “¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie que sea bueno, sino sólo Dios” (v. 19). Algunos críticos sostienen que, en virtud de esta respuesta, Jesús estaba negando su bondad y su deidad. No; Jesús sabía muy bien que este hombre no tenía idea acerca de la persona a la que le hablaba. Este hombre no sabía quién era Jesús. No sabía que le estaba haciendo una pregunta al Dios encarnado. Lo único que sabía el joven dirigente rico era que estaba hablando con un rabí itinerante, y quería una respuesta para una pregunta teológica. Pero la identidad de Jesús era central para la respuesta: Así que Jesús dijo: “¿Por qué me llamas bueno? ¿No has leído el Salmo 14:3: ‘Todos se han desviado; todos a una se han corrompido. No hay nadie que haga el bien; ¡ni siquiera hay uno solo!’? Nadie es bueno, excepto Dios mismo”.

¿Suena absurdo? Después de todo, vemos personas no creyentes que hacen el bien todo el tiempo. Todo depende de lo que entendamos por “bueno”. El estándar bíblico de bondad es la justicia de Dios, y nosotros somos juzgados tanto por nuestra conformidad conductual con la ley de Dios como por nuestra motivación interna o deseo de obedecer la ley de Dios.

Yo veo personas en todos lados que no son creyentes pero practican lo que Juan Calvino llamaba “virtud cívica”; es decir, hacen cosas buenas en la sociedad. Donan su dinero a buenas causas, ayudan a los pobres, y a veces

incluso se sacrifican por los demás. Ellos hacen todo tipo de cosas extraordinarias a nivel horizontal (es decir, hacia las demás personas), pero nada de esto lo hacen porque su corazón tenga un amor puro y pleno por Dios. Puede que esté involucrado lo que Jonathan Edwards llamó "interés personal ilustrado", pero sigue siendo interés personal.

Una vez escuché la historia de un trágico incendio. Un edificio quedó envuelto en llamas, y había prisa por rescatar a las personas en medio del fuego. Los bomberos entraron y sacaron tanta gente como pudieron, pero pronto se volvió demasiado peligroso entrar al edificio. Entonces se dieron cuenta de que había un niño atrapado en el interior, y de la multitud de espectadores, un hombre, ignorando el peligro, corrió hacia el edificio mientras todos en la calle lo aclamaban. Algunos momentos después, volvió sano y salvo con un bulto en los brazos. La gente siguió vitoreando, pensando que había rescatado al niño. Pero luego se dieron cuenta de que había sacado los ahorros de su vida y había dejado morir al niño.

Yo creo que sí es posible que un incrédulo corra hacia un edificio a salvar a un niño, quizá incluso al costo de su vida. Esa es una virtud cívica motivada por la preocupación natural que tenemos por los demás. Pero tal virtud externa no es suficiente. Cuando Dios mira una acción humana, pregunta: "¿Esta obra procede de un corazón que me ama totalmente?" Recuerda los mandatos de Jesús: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo" (Lucas 10:27). Por lo tanto, si alguien obedece la ley exteriormente, mientras su corazón no está plenamente entregado a Dios, entonces la virtud

de esa persona se ha manchado. Es por eso que Agustín dijo que aun nuestras mejores virtudes no son más que vicios espléndidos. En tanto que estemos en este cuerpo de carne, el pecado manchará todo lo que hagamos. Eso es lo que el joven rico no entendía. Él pensaba que había alcanzado el estándar.

Pablo advierte en el Nuevo Testamento que aquellos que se juzgan a sí mismos por sus propios criterios no son sabios (1 Corintios 10:12). Podemos mirarnos unos a otros nuestros desempeños y pensar que si nos abstenemos del adulterio, el homicidio, el fraude, o algún otro pecado atroz, entonces lo estamos haciendo bien. Dado que siempre podemos encontrar personas más pecadoras que nosotros, sería fácil concluir que lo estamos haciendo bastante bien.

Tal era la mentalidad del joven dirigente rico que vino a Jesús. Él pensaba que Jesús era un hombre bueno. Pero Jesús lo detuvo en seco y le recordó la ley: "Conoces los mandamientos: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre" (v. 20). Eso motivó al hombre a revelar su comprensión superficial de la ley. Él dijo: "Todo esto lo he cumplido desde mi juventud" (v. 21). En otras palabras, estaba diciendo que había cumplido los Diez Mandamientos toda su vida.

Jesús podría haberle dicho: "Bueno, parece que tú no estabas en el Sermón del Monte cuando expliqué las implicaciones más profundas de estas leyes. Te perdiste esa cátedra". O simplemente podría haberle dicho al hombre: "No has cumplido ninguno de estos mandamientos desde que te levantaste esta mañana". En lugar de ello, Jesús usó un bello método pedagógico para enseñarle su error a este hombre. Le dijo: "Aún te falta una cosa: vende todo

lo que tienes, y dáselo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Después de eso, ven y sígueme” (v. 22).

En este punto, Jesús no estaba enseñando una nueva forma de salvación. No estaba diciendo que podamos ser salvos donando nuestros bienes a los pobres. Tampoco estaba estableciendo un mandato universal para que las personas se deshagan de toda su propiedad privada. Jesús estaba tratando con este hombre en particular, un hombre rico cuyo corazón había sido capturado completamente por su riqueza. Su dinero era su dios, su ídolo. En esencia, Jesús le dijo: “Así que tú has cumplido los Diez Mandamientos. Muy bien, revisemos el número uno: ‘No tendrás dioses ajenos delante de mí’ [Éxodo 20:3]. Ve y vende todo lo que tienes”. Después de eso, el hombre que solo un momento antes había sido tan entusiasta comenzó a mover la cabeza. Se alejó triste, porque tenía muchas posesiones (v. 23).

Todo ese encuentro se trató de la bondad. ¿Tenemos suficiente bondad —suficiente justicia— para satisfacer las exigencias de un Dios santo? Cada página del Nuevo Testamento habla de la verdad de que toda nuestra justicia es como trapos de inmundicia (Isaías 64:6). La persona que confía en su justicia para ser salva tiene una falsa seguridad. No podemos hacer lo suficiente para ser salvos. Somos siervos inútiles (Lucas 17:10).

SACERDOTALISMO

El tercer error común que produce falsa seguridad es el sacerdotalismo. Esta es la postura de que la salvación se alcanza a través del sacerdocio, a través de los sacramentos, y/o a través de la iglesia. La gente señala el bautismo, la Cena del Señor, u otros ritos y dice: "He recibido estos sacramentos, que son medios e gracia. Mi seguridad proviene del hecho de haber experimentado los sacramentos".

Este es el error que los fariseos cometían en los días bíblicos. Ellos asumían que porque estaban circuncidados, entonces tenían un lugar garantizado en el reino de Dios.

Los sacramentos son muy importantes. Ellos nos comunican las promesas de Dios para nuestra salvación. Además, son medios de gracia que nos ayudan en nuestra vida cristiana. Pero los sacramentos nunca han salvado a nadie, y cualquiera que ponga su confianza en los sacramentos tiene una falsa seguridad de salvación, porque está confiando en algo que no salva ni puede salvar.

En estrecha relación con lo anterior está la idea, que muchos sostienen, de que lo único que debe hacer una persona para ser salva es unirse a una iglesia. Asumen que como el unirse a una iglesia los incluye en el cuerpo visible de Cristo, deben ser también parte de la iglesia invisible. Pero la membrecía en una iglesia no justifica a nadie; este es otro método de seguridad ilegítimo y falso.

Finalmente, en el denominado mundo evangélico, tenemos algunas otras fuentes falsas de seguridad: hacer la oración del pecador, levantar la mano en un evento evangelístico, pasar adelante en un llamado al altar, o tomar una decisión por Jesús. Todas estas son técnicas o métodos que se usan para llamar a las personas al arrepentimiento y la fe. El peligro está en que las personas que dicen la oración, levantan la mano, pasan al altar, o toman una decisión a veces terminan confiando en ese acto en particular. Una profesión exterior puede ser engañosa. Uno puede realizar los movimientos externos de una *profesión* pero no estar verdaderamente en *posesión* de la realidad interna de la salvación.

Como puedes ver, hay muchas formas en las que puede presentarse la falsa seguridad. En el siguiente capítulo, discutiremos de qué manera se pueden evitar y superar estas falsas formas de seguridad, y comenzaremos a explorar métodos legítimos de obtener una seguridad bíblica y real.



Cuatro tipos de persona

En Cincinnati compartí el evangelio con un hombre y partí por preguntarle la primera de las dos preguntas de diagnóstico de Explosión Evangelística: “¿Has llegado en tu vida espiritual al punto donde sabes con certeza que si murieras esta noche irías al cielo?”. Este hombre no se inmutó. Me miró directo a los ojos y dijo: “Ah, no, yo estoy seguro de que no soy salvo. Estoy seguro de que voy al infierno”. Yo quedé pasmado con su respuesta, porque nunca había conocido a una persona que estuviera tan segura de que su destino era el infierno. Este hombre estaba llevando una vida impía, él sabía que estaba llevando una vida impía, y conocía las consecuencias de llevar una vida impía, pero eso no le importaba.

En lo que respecta a la seguridad de la salvación, hay cuatro tipos de

personas en el mundo. Cada persona viva, sin excepción, puede ser asignada a una de estas categorías. Las categorías son: 1) los que son salvos y lo saben, 2) los que son salvos pero no lo saben, 3) los que (como el hombre que mencioné antes) no son salvos y lo saben, y 4) los que no son salvos pero no lo saben. Veamos estas categorías más de cerca.

LAS PERSONAS QUE SON SALVAS Y LO SABEN

La primera categoría son las personas que son salvas y lo saben. Estas personas tienen plena seguridad de que están en un estado de gracia. Para ellos es un asunto resuelto.

Quizá hayas estado en una discusión en la que hiciste una pregunta a alguien, esa persona hizo alguna afirmación o aserción, y tú respondiste: “¿Estás seguro?”. El otro respondió: “Sí estoy seguro”. Tu siguiente pregunta fue “¿Estás seguro de que estás seguro?”. Cuando hablamos de seguridad o certeza, no estamos hablando simplemente de categorías filosóficas. Más bien, en un sentido, estamos describiendo nuestro estado emocional respecto a varias preguntas o aserciones.

La seguridad de las afirmaciones de verdad opera en un continuo más amplio. Por ejemplo, alguien podría preguntarnos: “¿Crees que Dios existe?”. Hay un rango de respuestas que se podrían dar a esa pregunta. Se podría contestar: “No lo creo”, “pienso que no”, “no lo sé, pero espero que sí”, “tal vez”, “sí, yo creo en Dios”, o “por supuesto que creo en Dios”. Cada una de estas respuestas describe un distinto nivel de intensidad de confianza que acompaña a una proposición o aserción.

Por lo tanto, cuando hablamos de la seguridad de la salvación, no estamos hablando de una certeza matemática, como creer en la idea de que dos más dos suman cuatro. Estamos hablando de la seguridad de un estado personal, y la intensidad de esa seguridad vacila de un día a otro. Hay días en los que si

alguien me preguntara: “Robert, ¿estás seguro de que eres salvo?”, yo le diría: “Absolutamente”. Al otro día, si me encuentro bajo el peso de la culpa, quizá diría: “Mira, yo creo que sí”. Hay altos y bajos en la vida cristiana.

No obstante, la verdadera seguridad sobrevive a las dudas, porque, como veremos, está basada en más que sentimientos. La persona en esta categoría tiene un fundamento a partir del cual puede decir: “Sé en quién he creído, y estoy seguro de que tiene poder para guardar hasta aquel día lo que he dejado a su cuidado” (2 Timoteo 1:12, NVI).

LAS PERSONAS QUE SON SALVAS PERO NO LO SABEN

La segunda categoría está compuesta por aquellos que son salvos pero no lo saben. Es posible que una persona esté en un estado de gracia y no obstante no posea la plena seguridad de estar en tal estado. Ya he mencionado que algunos (como los católicos romanos) desafían la validez del primer grupo (los que son salvos y lo saben) afirmando que la seguridad de la salvación generalmente es inalcanzable. Asimismo, otros aseveran que es imposible estar en un estado de gracia y no saberlo. Ellos aducen que el contenido mismo de la fe salvadora es una confianza en un Salvador que uno cree que lo salvará. Así que si una persona piensa que tiene fe pero le falta la confianza de que Jesucristo lo va a salvar, ¿tiene fe realmente?

Parte del problema tiene que ver con una visión popular del cristianismo que insiste en una conversión dramática. Algunas personas efectivamente vienen a Cristo de esa forma. Billy Graham, por ejemplo, puede decir el día y la hora cuando se hizo cristiano. Él señala un día particular en el pasado cuando fue a un encuentro evangelístico después de jugar un partido de béisbol. Un evangelista itinerante llamado Mordecai Ham estaba predicando, y Graham fue adelante y tuvo una repentina conversión que causó un vuelco en su vida. Yo experimenté el mismo tipo de conversión. Yo sé exactamente el momento en que encontré a Cristo. Puedo decirte la fecha, la hora, el lugar, y cómo sucedió. Sin embargo, otras personas ni siquiera pueden identificar el año en el que se hicieron cristianas. Por ejemplo, Ruth Graham, la esposa de

Billy, no sabía cuándo se había convertido.

En la iglesia, tenemos la tendencia a hacer de nuestras propias experiencias la norma para todo el mundo. Las personas que han tenido una conversión repentina, dramática, como la del camino a Damasco, de la cual se puede señalar el día y la hora, a veces comienzan a sospechar de las personas que no han tenido ese tipo de experiencia. Ellos se preguntan si una persona que no puede señalar un día y hora específicos puede ser cristiana realmente. Al mismo tiempo, aquellos que no saben el día y la hora a veces sospechan de aquellos que afirman que saben exactamente cuándo fue la primera vez que creyeron. La cuestión de fondo es esta: la Escritura en ninguna parte dice que debamos saber el momento exacto de nuestra conversión.

Aquí es donde la trama se complica y se vuelve un poco problemática. Nadie está medio regenerado o semi-regenerado; o se ha nacido del Espíritu de Dios o no se ha nacido del Espíritu. La regeneración, que es la obra de Dios por medio de la cual somos trasladados del reino de las tinieblas al reino de la luz, es una verdadera obra de conversión, y sucede instantáneamente por obra del Espíritu Santo, de manera que una persona o está en ese estado o no lo está. No hay un proceso de regeneración; es algo instantáneo.

Pero si eso es cierto, ¿no despierta sospechas acerca de las personas que no pueden precisar el día y la hora de su conversión? No. Tenemos que distinguir entre una *conversión* y una *experiencia de conversión*. Además, tenemos que reconocer que no todos se dan cuenta inmediatamente del momento en que el Espíritu de Dios realiza su obra sobrenatural dentro de su alma. Es por eso que resulta muy peligroso crear categorías con las cuales

evaluar a las personas cuyas experiencias no coinciden con las nuestras.

En efecto, en la medida en que hablo de mi propia experiencia de conversión —de la cual, como he dicho, puedo señalar el día y la hora— me doy cuenta de que una experiencia así puede que en realidad no coincida con la obra de Dios en el alma de la persona. Dios el Espíritu Santo puede regenerar a una persona una semana, un mes, o incluso cinco años antes de que él o ella experimente la realidad de lo que ya ha sucedido en su interior. Por lo tanto, aun mi confianza respecto a una fecha y momento particulares de la conversión solo se aplica a mi experiencia de conversión, no al hecho propiamente tal, porque en cuanto a nuestra experiencia podemos engañarnos.

De hecho, una de las cosas más peligrosas que podemos hacer como cristianos es determinar nuestra teología a partir de nuestra experiencia, porque la experiencia de ninguna persona es normativa para la vida cristiana. Debemos determinar nuestra teología a partir de la Palabra de Dios, no de lo que sentimos. No solo eso, sino que estamos propensos a entender o interpretar erradamente el significado y la relevancia de las experiencias que vivimos. Es por eso que estamos llamados a revisar nuestras experiencias a la luz de la Escritura, de manera que definamos nuestra fe por lo que dice la Escritura, no por lo que sentimos o experimentamos. Si apoyamos nuestra seguridad en una experiencia y no en la Palabra de Dios, estamos invitando a todo tipo de dudas a acosarnos en nuestro peregrinaje. Necesitamos buscar un conocimiento auténtico de nuestra salvación, no tan solo alguna experiencia agradable y vaga.

Ésta es la categoría de personas que Pedro tiene en mente cuando urge a los creyentes a esforzarse por tener la seguridad de su llamado y elección (2 Pedro 1:3-11). Sería una tontería hacer semejante advertencia a personas que ya están seguras. La enseñanza de Pedro significa entonces que las personas pueden estar en un estado de salvación sin estar efectivamente seguras de ello.

PERSONAS QUE NO SON SALVAS Y LO SABEN

El hombre que conocí en Cincinati ejemplifica esta categoría de personas: los que no son salvos y lo saben. Quizá nos parezca extraño que pueda existir ese tipo de personas, especialmente cuando muchos asumen hoy que todo el mundo se va al cielo al morir. Sin embargo, el apóstol Pablo habla de esta categoría de personas al final de Romanos 1. Después de dar una lista de los diversos pecados y vicios que practica la humanidad caída, él llega a la conclusión de que las personas caídas no solo hacen estas cosas sino que incentivan a otras a hacerlas, pese a saber que quienes hacen tales cosas merecen la muerte (v. 32).

Pablo nos está diciendo en Romanos 1 que no hace falta que las personas sean expuestas a la predicación bíblica para que estén conscientes de su condición perdida. A través de la revelación natural de Dios, en la medida en que Dios escribe su ley en el corazón de las personas e implanta su Palabra en la mente humana en la forma de la conciencia, las personas saben que son culpables de su conducta y que están apartadas de la comunión con su Creador.

En la superficie, muchas personas niegan que estén en peligro de la ira de Dios; puede que incluso nieguen la existencia de Dios. Pero la Biblia dice: “El impío huye sin que nadie lo persiga” (Proverbios 28:1), así que bajo la superficie y detrás de la fachada de la humanidad caída natural hay una conciencia de estar en graves problemas con Dios. Es por eso que existe el

fenómeno de las “conversiones de trinchera”, cuando las personas, en los últimos días de sus vidas, repentinamente cobran el sentido, llaman al sacerdote o al ministro, e intentan adquirir su seguro de vida eterna.

Quizá hayas oído la historia de W. C. Fields, quien, cuando yacía en su lecho de muerte, asombró a quienes lo conocían cuando hojeaba la Biblia. Un amigo le dijo: “W. C., ¿qué estás haciendo?”. Fields respondió: “Buscando resquicios”. Aunque su respuesta estaba articulada en su típico humor, está claro que Fields estaba consciente de que estaba en una situación muy precaria cuando estaba a punto de enfrentar a su Creador.

Aunque cueste creerlo, hay personas que no son salvas y lo saben. Saben que no están en un estado de gracia, que no tienen comunión con Dios, y que están alejados de él. Podríamos decir que tienen una forma negativa de seguridad.

PERSONAS QUE NO SON SALVAS Y NO LO SABEN

Esto es lo que hemos visto hasta aquí: están aquellos que son salvos y lo saben; están los que son salvos pero no lo saben; y están los que no son salvos y lo saben. Es bastante fácil entender estas categorías.

Es la cuarta categoría la que echa a perder todo el asunto de la seguridad de la salvación: aquellos que no son salvos pero "saben" que son salvos. Esta categoría está conformada por las personas que no están en un estado de gracia pero *piensan* que lo están. En resumen, tienen una falsa seguridad.

Ligonier Ministries realizó una vez un tour por sitios de la Reforma, siguiendo los pasos de Martín Lutero. Pasamos por los diversos lugares de lo que había sido Europa oriental y Alemania Oriental, donde Lutero llevó a cabo su ministerio. Fuimos a Erfurt, Wittenberg, Worms, Nuremberg, y otros lugares similares. Un día visitamos un sitio, y luego quedamos libres para almorzar por nuestra cuenta. Diferentes grupos de personas del tour salieron por el pueblo en distintas direcciones, y teníamos instrucciones respecto al lugar y la hora en que debíamos reencontrarnos para el tour. Bueno, un grupo de nosotros recorrimos el pueblo y almorzamos, pero cuando salimos del restaurante no podíamos recordar desde que lado habíamos llegado. Unos a otros nos decíamos: "¿Cómo volvemos al bus?". En ese momento, una mujer del grupo dijo: "Yo conozco el camino". Así que se puso al frente de la fila y comenzó a caminar por el pueblo, y todos la seguimos. Pronto se hizo evidente que no íbamos en la dirección correcta, y yo comencé a

preocuparme un poco. Así que dije: “Disculpe, Mary, ¿está segura de que vamos en la dirección correcta?”. “Sí, totalmente”, dijo ella. Me sentí aliviado, pero luego de algunos pasos más ella se dio vuelta y dijo: “Por supuesto, siempre estoy segura, pero rara vez estoy en lo cierto”.

La gente que reboza de confianza en que va camino al cielo se parece un poco a aquella mujer. Ellos “saben” que son cristianos. Están seguros de su salvación; no es algo por lo que se preocupen. El único problema es que su seguridad es una falsa seguridad.

Eso es lo que crea la tensión y la ansiedad que estamos tratando de abordar en este librito, particularmente cuando comparamos los grupos uno y cuatro. El grupo uno, como recordarán, comprende a las personas que son salvas y tienen la seguridad de la salvación, y el grupo cuatro está compuesto por las personas que no son salvas y no obstante tienen una seguridad de salvación. Mientras consideramos cómo podemos tener verdadera seguridad, necesitamos pensar más en las causas básicas de la falsa seguridad.



Obtención de verdadera seguridad

Cuando yo estaba en el seminario, uno de mis compañeros encuestó a los alumnos y profesores sobre si estaban seguros de su salvación. Más del noventa por ciento de los encuestados dijeron que no estaban seguros. Además, creían que sería arrogante que alguien afirmara estar seguro de su salvación. Ellos veían la idea de la seguridad, no como una virtud, sino como un vicio. Había una connotación negativa en la búsqueda misma de seguridad de la salvación, porque se asumía que conduciría a un estado de arrogancia.

Desde luego, no hay peor arrogancia que tener la seguridad de algo que en realidad no poseemos. Estar seguro de la salvación cuando no se está en un estado de salvación es arrogante. Asimismo, somos arrogantes si decimos que la seguridad no es posible, porque entonces estamos calumniando la

veracidad de Dios mismo. Si la seguridad es posible, somos arrogantes al no buscarla.

Cuando consideramos las fuentes de la falsa seguridad, vimos que uno de los problemas más críticos es una comprensión imprecisa de los requerimientos de la salvación. En otras palabras, la mala teología puede producir una falsa seguridad. De manera similar, la buena teología conduce a la verdadera seguridad. Por lo tanto, cuando comenzamos a explorar cómo podemos obtener una base verdadera y sólida para nuestra seguridad de salvación, el primer lugar adonde debemos mirar es la teología.

EL MANDATO DE BUSCAR LA SEGURIDAD

Uno de los textos clave de la Escritura en relación a la búsqueda de la seguridad es 2 Pedro 1:10-11, donde leemos: “Por lo tanto, hermanos, esfuércense más todavía por asegurarse del llamado de Dios, que fue quien los eligió. Si hacen estas cosas, no caerán jamás, y se les abrirán de par en par las puertas del reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (NVI). Aquí, sin ambigüedad, el mandato apostólico es que investiguemos sobre la certeza de nuestra elección, y no con liviandad y ligereza. Más bien debemos asegurarnos de nuestro llamado y elección mediante una diligente búsqueda. El apóstol nos dice que esto es muy importante, y luego pasa a darnos razones prácticas para esforzarnos por asegurarnos de nuestro llamamiento y elección.

A Pedro le preocupa mucho este concepto de elección. Su primera epístola se dirige a “los elegidos, extranjeros” (1 Pedro 1:1). Él escribe a los elegidos y enseña a los elegidos lo que significa ser elegidos. Pedro explica cómo se supone que es la elección en nuestro viaje espiritual. Es por eso que en la segunda epístola, cuando se dirige a las mismas personas, les recuerda lo importante que es asegurarse de su elección.

La mención que hace Pedro de la “elección” es muy importante, porque es aquí donde cruzamos la puerta de la teología. Muchas personas no creen en la elección, olvidando que es un concepto bíblico. Otros preguntan: “¿Cómo se sabe si uno está elegido o no?”. Yo les digo a las personas que luchan con el

concepto de elección que no se me ocurre qué otra interrogante puede ser más importante de resolver en la vida cristiana que la pregunta sobre si estamos incluidos entre los elegidos. Si tenemos una sólida comprensión de la elección, y si sabemos que estamos incluidos entre los elegidos, ese conocimiento nos brinda un increíble consuelo mientras nos ocupamos de nuestra salvación con temor y temblor (Filipenses 2:12) y mientras enfrentamos las diversas aflicciones que se nos ponen por delante en nuestra vida cristiana (2 Timoteo 3:12).

En 2 Timoteo 1:12, Pablo escribe: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que él es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”. Aquí Pablo está hablando de su confianza sobre su propio futuro basado en su conocimiento de dónde ha puesto su fe. Él dice que no confía en su propio poder para perseverar hasta el final de la carrera. Su confianza más bien se basa en Aquel en quien ha creído, sabiendo que él es capaz de guardarlo. Ese es el tipo de certeza de la elección que Pedro nos dice que busquemos con esfuerzo.

Si estamos llamados a asegurarnos de nuestra elección, entonces se sigue que *podemos* asegurarnos de nuestra elección. Es posible que sepamos si estamos contados entre los elegidos. Por lo tanto, no deberíamos posponer la búsqueda de la seguridad hasta el final de nuestra vida. Deberíamos buscarla diligentemente ahora. Deberíamos dejar establecido que estamos incluidos entre los elegidos, que estamos en el reino de Dios, que hemos sido adoptados en la casa del Padre, y que estamos verdaderamente en Cristo, y él en nosotros. ¿Pero cómo lo hacemos? Un primer paso clave es adquirir una

comprensión precisa de la doctrina de la elección.

LA POSTURA DE LA ELECCIÓN SEGÚN LA PRESCIENCIA

Como señalé anteriormente, hoy muchas personas son hostiles a la idea de la elección divina, y esa hostilidad ha suscitado una diversidad de posturas acerca de lo que la elección implica. Por ejemplo, algunas personas piensan que nuestra salvación es la base de nuestra elección. Según esta perspectiva, la salvación —en cierto sentido— precede a la elección. Esta es la postura de la elección según la presciencia o el conocimiento previo.

Quienes sostienen esta postura sobre la elección creen que Dios elige para salvación a aquellos que ejercerán una fe salvadora. En virtud de su presciencia, Dios mira el corredor del tiempo y ve quién responderá positivamente al ofrecimiento del evangelio y quién no lo hará. Sobre la base de este conocimiento previo de lo que las personas harán en respuesta al mensaje del evangelio, él decreta la elección. Cuando él ve personas que ejercen la fe y entran al estado de salvación, las elige sobre esa base.

Yo no creo que esta perspectiva de la elección sea bíblica o que explique la elección. De hecho, creo que fundamentalmente niega la enseñanza bíblica sobre la elección. Lo digo porque, para la perspectiva de la elección según el conocimiento previo, el factor decisivo de la salvación es, a fin de cuentas, algo que nosotros hacemos en lugar de la gracia y la misericordia de Dios. Yo creo que las personas que toman esta postura de la elección según la presciencia invariablemente luchan con su seguridad, porque su seguridad a fin de cuentas está ligada a su comportamiento.

Según como yo entiendo las Escrituras, la elección es para salvación. Para esta perspectiva, si uno es elegido, será salvo, y si uno es salvo, esa es la señal más clara de que uno está incluido entre los elegidos. Dicho de otro modo, nadie que sea salvo no es elegido, y nadie que sea elegido no logra ser salvo. La salvación fluye de la elección, así que si queremos estar seguros de nuestra salvación, necesitamos saber si estamos contados entre los elegidos.

En la enseñanza de Pedro, vemos por qué es tan importante que nos esforcemos por asegurarnos de nuestro llamado y elección. Si estamos seguros de que estamos incluidos entre los elegidos, podemos estar seguros respecto a nuestra salvación, no solo por hoy sino también para el futuro. Esto es cierto porque la elección no simplemente hace posible la salvación, sino que garantiza la salvación del elegido. En otras palabras, el propósito de Dios en la elección es salvar al elegido. Ese propósito no puede ser ni será frustrado.

Hay un pasaje de la Escritura que me produce un gran consuelo, aun cuando no suele mencionarse en este contexto. Se encuentra en el Evangelio de Juan, en medio de la Oración Sumosacerdotal de Jesús por sus discípulos y por aquellos que creerían en él en futuras generaciones. De hecho, este ha sido un pasaje de enorme aliento para la iglesia a través de las eras. Jesús dice:

> He manifestado tu nombre a aquellos que del mundo me diste; tuyos eran, y tú me los diste, y han obedecido tu palabra. Ahora han comprendido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti. Yo les he dado las

> palabras que me diste, y ellos las recibieron; y han comprendido en verdad que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.
>
> Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos. Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío; y he sido glorificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo; pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, cuídalos en tu nombre, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los cuidaba en tu nombre; a los que me diste, yo los cuidé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera (Juan 17:6-12).

En esta oración, Jesús dice que el Padre le ha dado cierto grupo de personas. Estas personas son redimidas por el Hijo, porque todos aquellos que el Padre da al Hijo vienen al Hijo y son guardados por él (Juan 6:37, 39-40, 44). Cuando Jesús habla de las personas que le da el Padre, se refiere a los elegidos. Los elegidos que el Padre da al Hijo son preservados por el Hijo. Esa es la base de nuestra seguridad, no nuestra propia capacidad de perseverar.

Se habla de la perseverancia de los santos, y yo creo que los santos efectivamente perseveran, pero perseveran porque Dios los preserva. Así que es mejor hablar de la preservación de los santos que de la perseverancia de los santos. Esto lo escuchamos en la petición de Jesús al Padre de que guarde a aquellos que le han sido dados.

EL *ORDO SALUTIS*

Cuando miramos más detenidamente la relación entre elección y salvación, necesitamos ocuparnos de lo que los teólogos llaman el *ordo salutis* u "orden de la salvación". El *ordo salutis* tiene que ver con el orden en que ocurren varios sucesos que conducen a nuestra redención, específicamente el orden lógico más bien que cronológico.

Con esta distinción me refiero a lo siguiente. Creemos que somos justificados por la sola fe. Pero, ¿cuánto tiempo después de poseer la verdadera fe salvadora somos justificados? ¿Cinco segundos, cinco minutos, cinco meses, cinco años? No, decimos que la justificación y la fe son coincidentes en cuanto al tiempo. En el preciso instante en que tenemos verdadera fe, en ese mismo momento Dios nos recibe como personas justificadas. Pero aun así decimos que la fe viene antes que la justificación, aun cuando ocurren al mismo tiempo. La fe precede lógicamente a la justificación. En otras palabras, dado que nuestra justificación depende y se apoya en la fe, la fe es el prerrequisito, la condición necesaria que debe estar presente para que ocurra la justificación. Así que la fe es lógicamente necesaria para la justificación. La fe precede a la justificación, no en el tiempo, sino en cuanto a necesidad lógica. Así que cuando hablamos del orden de la salvación, ten en cuenta que lo que se toma en consideración son las distinciones relativas a los prerrequisitos, sobre la base de la necesidad lógica.

En Romanos 8, tenemos uno de los versos más famosos y apreciados de todo el Nuevo Testamento: “Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, es decir, de los que él ha llamado de acuerdo a su propósito” (v. 28). Nótese que esta promesa de que todas las cosas están dispuestas para bien es para las personas que aman a Dios, para aquellos que son descritos como los que son llamados según su propósito.

Ese es un tipo especial de llamado. La Biblia habla sobre el llamado del evangelio que sale para todos, lo que llamamos el llamado externo o exterior. No todos los que oyen el evangelio son salvos. También se habla del llamado interior, el llamado de Dios en la persona, en el corazón, que es una obra de Dios el Espíritu Santo, un llamado que es efectivo. En este llamado, el Espíritu Santo abre el corazón de los creyentes, obrando en el interior para llevar a cabo el propósito de Dios. Es este llamado el que Pablo tiene en mente en Romanos 8:28. Todos los elegidos reciben este llamado interior, como queda claro en los versos que siguen.

Veamos la primera mitad del verso 29: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que sean hechos conforme a la imagen de su Hijo”. Pablo está hablando aquí de los propósitos de Dios respecto a la salvación, y comienza mencionando la presciencia de Dios. Él nos dice que a aquellos que Dios antes conoció, él los predestinó. ¿Cuál fue el objetivo de esta predestinación? Fue que aquellos a los que Dios conoció de antemano fueran hechos conforme a la imagen de Cristo.

En el verso 30, encontramos lo que llamamos “la cadena de oro”: “Y a los que predestinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; y

a los que justificó, también los glorificó". Esta es una versión abreviada del orden de la salvación. Hay otros aspectos de la salvación aparte de los que aquí se mencionan; Romanos 8:30 toca los puntos básicos, por así decirlo. Por ejemplo, la santificación no está en esta lista. Esta lista más bien incluye (partiendo desde el verso 29), primero, el conocimiento previo; segundo, la predestinación; tercero, el llamado; cuarto, la justificación; y quinto, la glorificación.

Es muy importante para nuestra comprensión de la seguridad asimilar lo que está sucediendo en este orden de la salvación. Como señalé antes, Pablo se refiere a un orden lógico, y comienza por el conocimiento previo. La perspectiva de la elección según la presciencia que mencioné anteriormente es popular porque las personas llegan a este texto y dicen: "¡Ajá! El primer paso es el conocimiento previo. Eso significa que la elección o la predestinación se basan en algo que Dios sabe de antemano sobre las personas". Pero el texto no dice eso. De hecho, en el desarrollo que hace Pablo de este tema en el capítulo 9, esa posibilidad queda descartada. Según la comprensión reformada de la elección, las personas elegidas según los decretos de Dios no son códigos sin nombre. Para que Dios elija a alguien, él debe tener alguna idea de la persona que está eligiendo. Así que el conocimiento previo debe preceder a la predestinación, porque Dios predestina a individuos específicos a los que ama y escoge.

El siguiente suceso lógico es la predestinación. Pablo nos dice que aquellos a los que Dios antes conoció también los predestinó. No se dice pero se entiende claramente aquí que todos los que están en la categoría del

conocimiento previo están predestinados. Desde luego, la presciencia de Dios, en general, incluye a todas las personas, no solo a los elegidos. Pero aquí Pablo está hablando del conocimiento previo de Dios de sus elegidos. ¿Cómo lo sabemos? Porque Pablo declara que todos aquellos a quienes Dios conoció de antemano, en el sentido en el que aquí los conoce, son predestinados, y todos los que son predestinados son llamados, y todos los que son llamados son justificados. Este es el punto crucial. Si todos los que son llamados son justificados, Pablo no puede estar refiriéndose al llamado externo. Debe estar hablando del llamado interno, porque todos los que reciben este particular llamado reciben la justificación, así como todos los que son justificados son glorificados.

Así que si quiero saber si voy a ser glorificado —es decir, si en última instancia voy a ser salvo— necesito determinar si estoy justificado. Si estoy justificado, sé que voy a ser glorificado. En otras palabras, si ahora estoy justificado, no tengo nada de qué preocuparme: Aquel que ha comenzado una buena obra en mí va a completarla hasta el final (Filipenses 1:6).

EL LLAMADO TIENE RELACIÓN CON LA SEGURIDAD

¿En qué punto se conecta el llamado con nuestra seguridad? Hablaré más sobre esto en el siguiente capítulo, pero por el momento quiero decir que si el llamado que Pablo menciona en Romanos 8:29-30 se refiere a la operación del Espíritu Santo en el alma que nos prepara para la fe y la justificación, y si sabemos que hemos recibido este llamado, sabemos que somos elegidos.

¿Pero cómo sabemos si hemos sido llamados? Pablo nos da la respuesta en Efesios 2:

> A ustedes, él les dio vida cuando aún estaban muertos en sus delitos y pecados, los cuales en otro tiempo practicaron, pues vivían de acuerdo a la corriente de este mundo y en conformidad con el príncipe del poder del aire, que es el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Entre ellos todos nosotros también vivimos en otro tiempo. Seguíamos los deseos de nuestra naturaleza humana y hacíamos lo que nuestra naturaleza y nuestros pensamientos nos llevaban a hacer. Éramos por naturaleza objetos de ira, como los demás. Pero Dios, cuya misericordia es abundante, por el gran amor con que nos amó, nos dio vida junto con Cristo, aun cuando estábamos muertos en nuestros pecados (la gracia de Dios los ha salvado), y también junto con él nos resucitó, y asimismo nos sentó al lado de Cristo Jesús en los lugares celestiales, para mostrar en los tiempos venideros las abundantes riquezas de su gracia y su bondad para

> con nosotros en Cristo Jesús. Ciertamente la gracia de Dios los ha salvado por medio de la fe. Ésta no nació de ustedes, sino que es un don de Dios; ni es resultado de las obras, para que nadie se vanaglorie. Nosotros somos hechura suya; hemos sido creados en Cristo Jesús para realizar buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que vivamos de acuerdo con ellas (Efesios 2:1-10).

En este breve resumen, Pablo se enfoca en la obra del Espíritu Santo, quien nos "dio vida", una obra que entendemos teológicamente como nuestro renacimiento o regeneración. Jesús le dijo a Nicodemo que debe ocurrir un renacimiento antes de que alguien pueda ver el reino, por no hablar de entrar en él (Juan 3:3, 5). Y el nuevo nacimiento está ligado a este llamado interno. Así que, cuando buscamos seguridad, podemos saber que estamos contados entre los elegidos, porque sin elección, esta obra del Espíritu Santo nunca podría ocurrir en nuestra alma.

Por lo tanto, todos los que están elegidos, en algún punto en esta vida serán regenerados por el Espíritu Santo. Asimismo, todos los que son regenerados están incluidos entre los elegidos. Así que si puedes estar seguro de tu regeneración, puedes estar seguro de tu elección; y si estás seguro de tu elección, puedes estar seguro de tu salvación.

Por lo tanto, es clave que entendamos qué es la regeneración. En el mundo cristiano existe una enorme confusión acerca de la naturaleza de este acto del Espíritu. La gente que en Estados Unidos se hace llamar evangélica cree distintas cosas sobre lo que le ocurre a una persona cuando el Espíritu Santo

la regenera desde la muerte espiritual a la vida espiritual. Es por eso que resulta imprescindible contar con una sólida doctrina de la regeneración para tener una plena seguridad de nuestro estado de gracia y nuestra relación con Dios. Así que, en el capítulo final, quiero observar la obra de Dios el Espíritu Santo en nuestra vida como el fundamento más importante para la genuina seguridad de la salvación.



La fuente de plena seguridad

Las encuestas realizadas por organizaciones tales como Gallup y Barna Group descubren regularmente que decenas de millones de estadounidenses afirman ser "cristianos nacidos de nuevo". Desafortunadamente, muchas de estas personas tienen una lamentable comprensión de lo que significa haber nacido de nuevo. Si se les pregunta, ellos dirán: "Bueno, un cristiano nacido de nuevo es alguien que tomó una decisión de tipo evangelístico", o "una persona nacida de nuevo es alguien que ha hecho la oración del pecador". Sin embargo, estas acciones no son verdaderos indicadores de que una persona haya nacido de nuevo; como hemos visto, es posible hacer una profesión de fe sin ser regenerado.

Nacer de nuevo significa ser transformado por la acción sobrenatural de

Dios el Espíritu Santo. Entender esto es crucial para nuestra seguridad de salvación.

En el capítulo anterior, observamos Efesios 2, donde vimos un fuerte contraste entre nuestra experiencia previa y posterior a la regeneración del Espíritu Santo. Antes de la regeneración, seguíamos "la corriente de este mundo y en conformidad con el príncipe del poder del aire, que es el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia… y hacíamos lo que nuestra naturaleza y nuestros pensamientos nos llevaban a hacer" (vv. 2-3a). Esto describe la vida de la persona caída que no ha nacido de nuevo. Pero después del nuevo nacimiento, ya no somos "extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios" (v. 19).

¿Qué ocurre en la regeneración? ¿Cuál es el cambio que se efectúa por la acción del Espíritu santo en nuestra alma?

Parte de la disputa acerca de la regeneración se enfoca en las diferencias en nuestra comprensión del pecado original. Todos los cristianos profesantes creen que la humanidad experimentó algún tipo de caída y que algo está mal en nuestra naturaleza constitutiva. Todos creemos que somos criaturas corruptas. Pero existen enormes diferencias respecto al grado de esa caída. En otras palabras, respecto al grado de corrupción moral que emergió a consecuencia de la caída.

Hay cristianos que creen que efectivamente el hombre ha caído, pero queda en el alma, con todo lo corrupta que pueda ser, lo que yo llamo una pequeña "isla de justicia" no afectada por la caída. Desde esta isla de justicia, la persona aún tiene el poder de cooperar con el ofrecimiento de la gracia de

Dios antes de ser regenerada. Sin embargo, no puedo encontrar esta idea en ningún lugar de la Escritura. Cuando leemos la enseñanza de la Escritura sobre nuestro estado natural, vemos descripciones tales como “esclavitud de corrupción” (Romanos 8:21), “muertos en delitos y pecados” (Efesios 2:1), y “objetos de ira” (Efesios 2:3). Históricamente, la iglesia ha entendido que estas declaraciones significan que la persona no regenerada tiene una tendencia moral, un sesgo contra Dios. La Escritura nos dice que por naturaleza estamos en enemistad con Dios, y la palabra *enemistad* es la descripción de una actitud hostil. Antes de ser regenerados, estamos inclinados en contra de las cosas de Dios. No tenemos un genuino afecto por Cristo; no hay amor a Dios en nuestro corazón.

¿Cómo podemos saber, entonces, que hemos sido regenerados?

¿AMAS A JESÚS?

En un nivel práctico, las personas que están luchando con su seguridad de salvación suelen acercarse a mí y me preguntan: “¿Cómo puedo saber que soy salvo?”. En respuesta, yo les hago tres preguntas.

Primero pregunto: “¿Amas a Jesús perfectamente?”. Cada persona a la que le hecho esa pregunta ha respondido con franqueza “no”. Es por eso que no están seguros sobre el estado de sus almas. Ellos saben que hay deficiencias en su afecto por Cristo, porque saben que si amaran a Cristo perfectamente, lo obedecerían perfectamente. Jesús dijo: “Si me aman, obedezcan mis mandamientos” (Juan 14:15). Así que, tan pronto como desobedecemos uno de sus mandamientos, esa es una señal de que no lo amamos perfectamente.

En segundo lugar, cuando una persona reconoce que no ama a Jesús perfectamente, le pregunto: “¿Lo amas tanto como debes amarlo?” la persona generalmente me mira extrañada y dice: “Bueno, no, por supuesto que no”. Eso es cierto; si la respuesta a la primera pregunta es no, la respuesta a la segunda pregunta tiene que ser no, porque se supone que debemos amarlo perfectamente, pero no lo hacemos. Ahí radica la tensión que experimentamos respecto a la salvación.

En tercer lugar pregunto: “Bueno, ¿amas a Jesús *de alguna forma*?”. Antes de que la persona responda, normalmente agrego que estoy preguntando por su amor por el Cristo bíblico, el Cristo al que encontramos en las páginas de las Sagradas Escrituras. ¿Por qué lo digo?

Hace muchos años, yo enseñé en el Young Life Institute en Colorado Springs, Colorado, y por aquellos días trabajé mucho con y para Young Life. Cuando entrenaba al personal en Colorado, les decía: “Permítanme advertirles acerca de un grave peligro de este ministerio. Personalmente, no conozco ningún ministerio para jóvenes en el mundo que sea más efectivo que Young Life en acercarse a los niños, involucrarse en sus asuntos, involucrarse en sus problemas, ministrar a los chicos donde están, y saber cómo hacerlos responder. Esa es la gran fortaleza de esta organización —y es también su mayor debilidad. Porque Young Life, como ministerio, hace el cristianismo tan atractivo para los chicos, que sería fácil que los niños se convirtieran a Young Life sin convertirse nunca a Cristo”.

De igual modo, es posible amar una caricatura de Jesús y no a Jesús mismo. Así que cuando les pregunto a las personas “¿amas a Jesús de alguna forma?”, no estoy preguntando si aman a un Cristo que es un héroe para niños o a un Cristo que es un buen maestro de moral. Estoy preguntando si aman al Cristo que aparece en la Escritura.

Ahora bien, si alguien pude responder “sí” a la tercera pregunta, ahí es donde entra la teología. Considera esta pregunta: “¿Es posible que una persona no regenerada tenga algún verdadero afecto por Cristo?”. Mi respuesta es no; el afecto por Cristo es el resultado de la obra del Espíritu. De eso se trata la regeneración; eso es lo que hace el Espíritu en la reavivación. Dios el Espíritu Santo cambia la disposición de nuestra alma y la inclinación de nuestro corazón. Antes de la regeneración, somos fríos, hostiles, o indiferentes (que es la peor forma de hostilidad) a las cosas de Dios, y no

tenemos ningún afecto honesto por él, porque estamos en la carne, y la carne no ama las cosas de Dios. El amor a Dios es encendido por el poder regenerador del Espíritu Santo, quien derrama el amor de Dios en nuestro corazón (Romanos 5:5).

Por lo tanto, si una persona puede responder “sí” cuando le pregunto si tiene un afecto por Cristo, aun cuando quizá no ame a Jesús tanto como debería (es decir, perfectamente), eso me asegura que el Espíritu ha hecho esa obra transformadora en su alma. Esto es así porque en nuestra carne no tenemos el poder de producir de la nada un verdadero afecto por Jesucristo.

UNA FALSA POSTURA SOBRE LA REGENERACIÓN

Existen posturas sobre la regeneración que no nos darán ese tipo de seguridad. Una de las posturas más populares sobre la regeneración en el mundo evangélico de hoy sostiene que en la regeneración el Espíritu Santo simplemente viene a nuestra vida; viene a morar en nuestro interior. Pero aun después de la regeneración —según esta postura—, uno tiene que responder al Espíritu, cooperar con él y ponerlo a cargo de nuestra vida, porque es posible que uno haya sido regenerado, que el Espíritu Santo more en uno, y no obstante nunca produzca ningún fruto de obediencia. Uno puede convertirse en lo que algunos llaman “cristiano carnal”.

Cuando el Nuevo Testamento usa la palabra *carnal*, significa que comenzamos siendo puramente carnales. Cuando estamos en la carne, el Espíritu Santo cambia la disposición de nuestro corazón. Él no aniquila la carne inmediatamente; la dimensión carnal aún nos hace la guerra. La carne lucha contra el Espíritu a lo largo de toda la vida cristiana, y hay ocasiones en las que somos más o menos carnales (Gálatas 5:17). En eso estamos de acuerdo. Sin embargo, algunos usan la frase “cristiano carnal” para describir a una persona que permanece sin cambiar estando presente el Espíritu Santo. Cuando la frase se usa de esta forma, no describe a un cristiano sino a una persona no regenerada.

Así que yo rechazo de inmediato esta postura sobre la regeneración, pues no implica regeneración en absoluto, porque aunque el Espíritu

supuestamente entra en la vida de la persona, no produce una obra sobrenatural de gracia que cambia la inclinación y la disposición del alma. La persona sigue siendo la misma en su alma como era antes de la llegada del Espíritu. Es crucial entender que la regeneración es algo que hace el Espíritu Santo que real y efectivamente cambia a la persona; cambia la disposición misma de su alma. Si una persona está verdaderamente regenerada, y manifiesta fe, es imposible que esa persona no produzca alguna medida de obediencia.

LAS "ARRAS" DEL ESPÍRITU

Hemos visto que la regeneración es obra del Espíritu Santo mediante la cual se cambia la inclinación del alma. Pero el Espíritu Santo no solo nos cambia a través de la regeneración, sino que hace otras cosas que son importantes para nuestra seguridad de salvación. En 2 Corintios 5:1-5 leemos:

> Bien sabemos que si se deshace nuestra casa terrenal, es decir, esta tienda que es nuestro cuerpo, en los cielos tenemos de Dios un edificio, una casa eterna, la cual no fue hecha por manos humanas. Y por esto también suspiramos y anhelamos ser revestidos de nuestra casa celestial; ya que así se nos encontrará vestidos y no desnudos. Los que estamos en esta tienda, que es nuestro cuerpo, gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desvestidos, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Pero Dios es quien nos hizo para este fin, y quien nos dio su Espíritu en garantía de lo que habremos de recibir.

Otras versiones de la Biblia traducen la palabra *garantía* como *arras* o *anticipo*. Aquí el lenguaje proviene del mundo comercial de los antiguos griegos. Hoy en día, la palabra arras se usa en algunos países en el ámbito de los bienes raíces. Si alguien está interesado en comprar una casa y quiere firmar un compromiso de compraventa para que el vendedor retire la casa del mercado, este último pedirá una cantidad de dinero en arras. El vendedor no quiere hacer un trato con personas que solo estén jugando con la idea de

comprar una casa; quieren personas que garanticen la compra, personas que esté hablando en serio. La idea en 2 Corintios 5:5 es que el Espíritu, cuando nos regenera, no solo cambia la disposición de nuestro corazón y la inclinación de nuestra alma, sino que para nosotros se convierte en las arras o garantía del pago total y final.

Cuando compro algo durante cierto plazo, tengo que dar un anticipo. Ahora bien, sabemos que hay muchas personas que entran en contratos, hacen algunos pagos, y luego dejan de cumplir con el compromiso. A veces la casa de alguien es embargada o el auto es recuperado porque esa persona falla en cumplir con los términos del contrato. Con el anticipo, la persona promete pagar la suma total, pero la gente no siempre logra cumplir. Sin embargo, cuando Dios da un anticipo por algo, ese anticipo es su palabra. Es su promesa de que efectivamente pagará la cantidad total. Este es el lenguaje que utiliza Pablo al decir que cuando nacemos del Espíritu, este no solo cambia nuestro corazón, nuestra alma y nuestra voluntad, sino que nos da la promesa —la garantía— de que se llevará a cabo la plenitud de nuestra salvación.

Las personas pasan por alto este hecho cuando dicen: “Bueno, pude que hoy sea salvo, pero mañana podría perderlo”. Esto ignora la verdad bíblica de que Dios completa lo que comienza. Cuando él da un anticipo, el resto será pagado; eso está garantizado. Esta es una firme base para nuestra seguridad.

EL SELLO DE DIOS EL REY

Veamos otro ejemplo, esta vez de 2 Corintios 1:15-20:

> Seguro de esto, quise antes que nada ir a visitarlos, para que tuvieran una doble bendición; es decir, quise visitarlos de camino a Macedonia, y visitarlos nuevamente a mi regreso, para que me ayudaran a continuar mi viaje a Judea. Cuando quise hacer esto, ¿fue acaso algo decidido a la ligera? ¿Acaso lo que pienso hacer, lo pienso como toda la gente, que está lista para decir "Sí" y "No" al mismo tiempo? Dios es testigo fiel de que nosotros no les decimos a ustedes "Sí" y "No" al mismo tiempo. Porque Jesucristo, el Hijo de Dios, que Silvano, Timoteo y yo les hemos predicado, no ha sido "Sí" y "No"; sino que siempre ha sido "Sí" en él. Porque todas las promesas de Dios en él son "Sí". Por eso, por medio de él también nosotros decimos "Amén", para la gloria de Dios.

¿Qué está diciendo aquí Pablo? Simplemente que Dios no vacila en sus promesas. Él no dice "sí" y "no". Todas sus promesas, nos dice el apóstol, están firmemente establecidas por el carácter divino, que está marcado por la fidelidad.

Luego Pablo prosigue y dice: "Y es Dios el que nos confirma con ustedes en Cristo, y es Dios el que nos ha ungido, y es Dios el que también nos ha marcado con su sello, y el que, como garantía, ha puesto al Espíritu en nuestros corazones" (2 Corintios 1:21-22). Ahí está de nuevo: la garantía del

Espíritu. Pero no solo tenemos la garantía o las arras del Espíritu, sino que además, dice Pablo —y lo repite más tarde a los efesios—, somos sellados por el Espíritu Santo. La palabra griega para “sellar” es *sphragis*.

Tal vez hayas visto películas de la Edad Media que muestran las distintas costumbres de los monarcas. Cuando un rey emite un decreto para ser mostrado en las villas, se fijaba un sello de cera en la proclamación. Ese sello era la señal del rey, que se basaba en su anillo de sello. En el sello del anillo había cierta forma o figura grabada que contenía la señal de su firma. Así que si un documento, una proclamación, o un edicto contenía el sello de cera del anillo del rey, ese era testimonio irrefutable de su autenticidad. Pablo nos dice aquí en 2 Corintios que el Rey del universo pone su marca indeleble en el alma de cada uno de los suyos. No solo nos da una garantía inquebrantable, sino que nos sella para el día de la redención.

TESTIMONIO INTERIOR DEL ESPÍRITU SANTO

Finalmente, en Romanos 8, leemos estas alentadoras palabras:

> Porque los hijos de Dios son todos aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios. Pues ustedes no han recibido un espíritu que los esclavice nuevamente al miedo, sino que han recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados (Romanos 8:14-17).

Mientras analizamos nuestra vida y corazón, el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22-24), y la medida de cambio en nuestra vida, debemos ser honestos en nuestra evaluación de lo que está ocurriendo dentro de nosotros y a través de nosotros. Pero a fin de cuentas, el fundamento de nuestra seguridad de salvación proviene del testimonio interno del Espíritu Santo, porque él da testimonio a nuestro espíritu (en nuestro interior) de que somos hijos de Dios.

¿Cómo sabemos que este testimonio a nuestro espíritu proviene del Espíritu santo y no de un espíritu maligno? ¿Cómo confirma el Espíritu Santo en nuestro corazón que somos hijos de Dios? El Espíritu da testimonio a nuestro espíritu a través de la Palabra. Mientras más nos alejamos de la Palabra, menos seguridad experimentaremos en esta vida. Cuanto más

estamos en la Palabra de Dios, tanto más el Espíritu que inspiró la Palabra y que nos la ilumina usará la Palabra para confirmar en nuestra alma que somos verdaderamente suyos, que efectivamente estamos entre los hijos de Dios.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind.*

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God, Chosen by God, The Invisible Hand, Faith Alone, Everyone's a Theologian, Truths We Confess, The Truth of the Cross, and The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King.*

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.